

El niño de la flauta

No sé bien cuándo empezó todo, pero recuerdo que cuando era niño, la guerra todavía no me conocía. El mundo aún tenía colores. Había un azul suave en el cielo que parecía no tener fin, y las mañanas olían a pan recién hecho.

Vivíamos en una casa de piedra entre olivos viejos. No era grande, pero tenía algo especial. El pueblo era tranquilo, demasiado tranquilo a veces. No teníamos edificios altos ni supermercados. Solo calles de tierra, silencio, y ese viento que pasaba lento, como si también tuviera sueño.

Allí, entre paredes que guardaban secretos de generaciones, la vida era otra. Todo era simple, sí, pero tenía alma. Una cara bonita que no todos veían... solo los corazones tranquilos, decía mi madre. Y quizás tenía razón.

No me gustaba correr detrás del balón como los demás niños. Prefería quedarme entre herramientas viejas, cables sueltos y trozos de madera. No sé bien por qué, pero ahí me sentía cómodo. Jugaba a construir, no con reglas, sino con imaginación. Mis juguetes eran inventos, mis tardes eran silencios llenos de ideas raras. Me perdía en mi propio mundo, donde cada tornillo era una puerta y cada tabla una posibilidad.

Allí, en ese rincón desordenado, aprendí a ver el mundo como algo que podía cambiarse, moldearse... soñarse distinto.

Mi madre decía que tenía la mirada de alguien que ya había vivido demasiado. No entendía bien lo que quería decir, pero ahora, al pensarlo, creo que sí lo estaba haciendo. Vivía demasiado por dentro. A veces me quedaba mirando el cielo por horas. No esperando nadie solo escuchando el viento, como si me dijera cosas que nadie más oía.

Pero lo que más me llenaba era la música. Mi abuelo tocaba la flauta cada tarde, bajo la morera del patio. Sus dedos delgados acariciaban el instrumento como quien toca algo sagrado. No hablaba mucho, pero cuando tocaba, el sonido era como... no sé, como si el cielo suspirara.

Los pájaros cantaban, el aire era cálido, y yo me sentaba a su lado sin decir nada. Aprendía con los ojos. Y con algo más, supongo.

El niño de la flauta

La flauta no era solo un instrumento. Era un puente entre él y yo, entre el ayer y lo que aún no llegaba. Cuando él tocaba, todo se calmaba. El mundo parecía respirar más despacio. Dolía menos. A veces pienso que la música era más mi casa que la propia casa. Por las noches, las melodías me seguían, como una manta invisible.

Mi infancia tenía la forma de una melodía suave. Cada nota era una caricia, un recuerdo, una promesa chiquita. Así era mi niñez: inventos, silencio, y la flauta de un abuelo que contaba el mundo sin decir una palabra. Su música era mi refugio. Mi forma de entender que la belleza, a veces, sobrevive.

Pero todo cambió cuando cumplí once años. El aire ya no olía a pan ni a tierra mojada. Olía a humo, a pólvora, a miedo. La segunda intifada había llegado.

Las calles que conocía se volvieron otras. El sonido de la flauta fue reemplazado por disparos. Las casas temblaban. Yo también. Y entendí o empecé a entender que los muros no siempre protegen. A veces solo encierran.

Mi abuelo ya no tocaba. Sus manos temblaban más que las notas. La flauta quedó en una estantería, quieta, cubierta de polvo. Yo la miraba como se mira algo querido que dejó de hablarte. Y, sin embargo, en algún rincón dentro de mí, su música seguía ahí. Como un eco, como una voz que no quería desaparecer.

Las noches se volvieron largas. El silencio pesaba. Recuerdo los helicópteros, las ventanas vibrando, el llanto de mi madre rezando muy bajito. Todo se rompía. Por fuera y por dentro.

El miedo se volvió parte de la casa. Pero algo en mí seguía respirando distinto. No quería rendirme. Una parte de mí no sé de dónde quería gritar, cantar, contar. Como si, bajo los escombros, todavía buscara una rendija de luz.

Cuando la intifada ya casi terminaba, en 2006, mi abuelo murió. No por una bala. Tampoco por una bomba. Murió de tristeza. Murió de tanto silencio encima. Su corazón se cansó. Así lo sentí.

Recuerdo esa tarde como si fuera otra vida. No llovió. Y yo tampoco lloré. No porque no doliera... dolía más de lo que podía decir. Pero algo más profundo se quebró. Fue mi alma la que lloró.

El niño de la flauta

Yo lo amaba. No solo como abuelo. Era parte de mi infancia, de mi manera de mirar el mundo. Me enseñó cosas sin enseñarlas. Me mostró que el silencio puede abrazar, y que la música también puede sanar.

Su muerte no fue un final. Fue como un derrumbe. Sentí que algo dentro de mí se desmoronaba. Pero, con el tiempo, entre esos pedazos, me volví a levantar. No porque el dolor se fuera, sino porque su amor dentro de mí era más fuerte que la ausencia. Y desde ahí nació algo. Una fuerza nueva. Un deseo de seguir tocando, de seguir recordando.

Pasaron los años. Y llegó la última guerra. Más cruel. Más larga. Más... ciega. Ya no era niño. Era un joven con cicatrices nuevas y recuerdos viejos.

Las bombas caían como si fueran la lluvia de otro planeta. Las casas se caían. Y con ellas, los sueños.

Y entonces me fui. No fue por miedo. Fue por esperanza. Crucé fronteras con la memoria encima, con la música aún latiendo en el pecho. Llegué a España sin idioma, sin mapa, sin certezas. Pero con una historia que ardía. Que necesitaba contar.

Ahora, en esta tierra extraña, toco la flauta cuando me visita la tristeza. A veces suena débil, a veces firme. Pero siempre sincera. En cada nota hay un recuerdo. Una infancia. Un pueblo que aún respira entre ruinas.

Mientras tenga aire en mis pulmones y una flauta entre mis manos, seguiré tocando. Porque mi voz no nació para el silencio. Nació para contar lo que sobrevivió.

Porque mi historia no termina en la guerra.

Comienza cada vez que toco.

La flauta no solo canta.

También recuerda.

También resiste.